

Rabī'a Al Adawiyya



Rābi'Un al-'Adawiyya al-Qaysiyya (árabe: رابعة العدوية القيسية) o sencillamente **Rābi'ah al-Baṣrī** (en árabe, رابعة العدوية البصرية; árabe رابعة البصري) fue una santa musulmana y mística Sufi (717-801).

Se cree que nació entre los años 713 y 717 (91 a 95 después de la hégira (d. H.) en el calendario musulmán) en Basora, Irak. Gran parte de los primeros años de su vida fueron narrados por Farid ud-Din Attar, otro santo y poeta sufi, más tardío, quién utilizó fuentes más tempranas. Rabia no dejó ningún texto escrito por sí misma.

Fue la cuarta hija de una familia muy humilde; de ahí su nombre, Rabī'a, que significa "cuarta". A pesar de ser conocida por su período de esclavitud, no había nacido en tal condición; su familia era pobre, pero respetada en su comunidad.

Según Farid ud-Din Attar, cuando Rabī'a nació, sus padres eran tan pobres que no había en la casa aceite para encender una lámpara, ni tampoco un trozo de tela para que pudieran arroparla. Su madre solicitó a su marido que fuera a pedir algo de aceite a un vecino; pero el padre había resuelto en su vida nunca pedir nada a nadie, excepto a Dios. Para no discutir, partió sin embargo; simuló ir hasta la puerta del vecino y luego volvió con las manos vacías, sin haber pedido nada.

En la noche Mahoma se le apareció en un sueño y le dijo, "Tu hija recién nacida es una favorita del Señor, y dirigirá muchos musulmanes hacia el recto camino. Deberías acercarte al Emir de Basora y presentarte ante él con una carta en la cual tendría que ser escrito este mensaje:

'Tú ofreces oración (Durood) al Profeta Santo cien veces cada noche y cuatrocientas veces cada noche de jueves. Sin embargo, como fallaste en observar esta regla este último jueves, a manera de reparación tienes que darle al portador de la presente cuatrocientos dinares''.

El padre de Rabia se levantó y fue directamente en busca del Emir, mientras lágrimas de alegría rodaban por sus mejillas. El Emir recibió encantado el mensaje, porque por su intermedio supo que había sido visto por los ojos de Mahoma; hizo distribuir 1000 dinares entre los pobres, y gozosamente pagó los 400 dinares al padre de Rabia. Además, le solicitó que acudiera en cuanto necesitara cosa alguna; puesto que él se sentiría beneficiado por una visita de un alma tan querida por el Señor.

Luego de la muerte de sus padres durante una hambruna que asoló Basora, Rabi'a, muy joven, y sus hermanas se separaron para buscarse subsistencia. La leyenda cuenta que mientras viajaba en una caravana, cayó en manos de unos ladrones. El jefe de éstos tomó cautiva a Rabi'a, y la vendió en el mercado como esclava.

El nuevo amo de Rabi'a la empleaba en duros trabajos. Ella, después de terminar con sus labores en la casa, pasaba la noche entera en oración; también observaba ayunos muchos días.

Una vez el dueño de la casa se levantó en medio de la noche, y fue atraído por la voz de Rabi'a rogando a su Señor. Ella le imploraba en estos términos: *"¡Señor! Sabes bien que mi deseo entusiasta es cumplir Tu voluntad, y servirte con todo mi corazón, ¡oh, luz de mis ojos! Si fuera libre, pasaría el entero día y la noche en oración. Pero ¿qué puedo hacer yo, ahora que me has hecho esclava de un ser humano?"*

Inmediatamente el amo sintió que era sacrílego mantener tal valí como esclava; decidió por el contrario ponerse él mismo al servicio de ella. Por la mañana la llamó y le expuso su decisión; él podría servirla y ella podría morar allí como dueña de la casa; pero si ella insistía en querer dejar la casa, él estaba dispuesto a liberarla de su esclavitud. Ella le dijo que quería dejar la casa para hacer su adoración en soledad; esto le fue concedido, y partió.

Rabi'a marchó al desierto para orar y llegar a ser una asceta. Volvió a la ciudad para vivir en una casita y fue su maestro espiritual Hasan al-Başrı, un conocido santo sufí al que se consideraba elevado al nivel de las siete almas sagradas. Ella no poseía mucho más que una jarra rota, una estera y un ladrillo que utilizaba como almohada. Pasaba toda la noche en oración y contemplación. Cuando su fama creció, empezó a tener muchos discípulos. También tuvo discusiones con muchas de las personalidades religiosas renombradas de su época. Aunque tuvo muchas ofertas de matrimonio, incluso - cuenta la tradición- una del Emir de Basora, las rechazó para no tener en su vida otro tiempo que el dedicado a Dios.

Datos biográficos tomados de

https://es.wikipedia.org/wiki/Rabia_al_Adawiyya

Dichos y oraciones de Rabi' a Al Adawiyya



Un día, la gente vio a Rabi'a corriendo apresurada con una antorcha en una mano y un cubo de agua en la otra; le preguntaron:

— *Señora del Otro mundo, ¿adónde vas? ¿Qué andas buscando?*

Y ella contestó:

— *Voy al cielo. Quiero prender fuego al Paraíso y apagar el fuego del Infierno.*

Así, Infierno y Paraíso desaparecerán y sólo quedará Aquel al que se busca.

Entonces pensarán en Dios sin esperanza ni temor y, de este modo, Le adorarán verdaderamente.

Pues, si no existiera la esperanza del Paraíso ni el temor al Infierno, ¿acaso no adorarían al Veraz? ¿No le obedecerían? ¿No le amarían a Él solo por Él solo?

Se cuenta que, al caer la noche, Rabi'a subía a la terraza de su casa para orar; allí, envuelta en su velo, hablaba así con Dios:

— *Dios mío, todo ha quedado en silencio y quietud, los amantes están con sus amadas. Yo estoy aquí, sola contigo.*

Luego, tras la oración vespertina, conversaba con Él, diciendo:

— *Dios mío, las estrellas centellean en el firmamento, los ojos duermen, rendidos por el sueño; los reyes cerraron sus puertas y los amantes se retiran, entregados al amor. Y yo permanezco aquí, entre tus manos.*

Después se abismaba en la oración hasta la aurora. Cuando nacían las primeras luces, decía:

— *Dios mío, la noche ha pasado y el día despunta luminoso. Si supiera que has aceptado mi noche, rebotará mi alegría, mas si la has rechazado sabré resignarme. Por tu gloria estaré en vela y oraré mientras me mantengas en la vida. Sí, por tu gloria, aunque me arrojaras lejos de Ti, me alejaría un solo paso, pues Tu amor habita en mi corazón.*

Luego cantaba:

¡Oh mi alegría, mi deseo y mi refugio, mi compañero y mi amparo en el camino, oh mi objetivo! Eres el espíritu de mi corazón.

Tú eres mi esperanza, mi confidente, mi Amigo.

Mi anhelo de Ti es mi única riqueza, mi ardiente deseo y todo mi sustento.

Si no fuera por Ti, oh vida de mi vida, no habría vagado de un lado para otro por la inmensidad del país.

¡Cuántas gracias me han sido reveladas, cuántos dones y favores tienes Tú para mí! Tu amor es mi único deseo. Tu amor es mi delicia, la luz que sacia mi sediento corazón.

No me alejaré de Ti mientras viva, no hay lugar para mí sino Tú que haces florecer el desierto. Tú eres el único dueño de mi corazón.

Si en mí encuentras contento ¡oh anhelo de mi corazón!, desbordaré de alegría.

Se preguntó a Rabi'a cómo había logrado su altura espiritual; ella respondió:

— *Repitiendo siempre estas palabras:*

Dios mío, me refugio en Ti para resguardarme de todo lo que me separa de Ti, para resguardarme de todo lo que me distrae de Ti y se interpone entre Tú y yo.

Se cuenta que Rabi'a peregrinó a La Meca. Cuando vio la Kaaba exclamó:

— *Éste es el ídolo que se adora en la tierra. Dios no entró nunca en él. Pero nunca lo ha alejado.*

— *¿Quién nos hará ver a nuestro Amado?* — suspiraba un día Rabi'a.

— *Nuestro Amado está siempre con nosotros* — le contestó su sirvienta — *pero el mundo nos separa de él.*

Al-Thawrí dijo un día a Rabi'a:

— *Todo pacto tiene sus condiciones, toda fe su verdad. ¿Cuál es la verdad de tu fe?*

Rabi'a contestó:

— *No le amo ni por miedo al Infierno ni por la esperanza del Paraíso. Si así hiciera, sería como un mal servidor que trabaja cuando tiene miedo o cuando espera recompensa. Le adoro tan solo por amor y por mi deseo ardiente de Él.*

Un día, alguien preguntó a Rabi'a:

— *Soy un pecador, mis faltas y mis desobediencias son muchas, pero, si me arrepiento, ¿Dios me perdonará?*

Rabi'a le contestó:

— *No. Sólo si Dios te perdona primero, tú te arrepentirás.*

Ga'far ibn Salim nos contó: |

Un día, Rabi'a le dijo a Sufyan:

— *No eres más que una suma de días. Cuando un día se va, con él se va una parte de ti. Y cuando una parte se va, no tardará en irse todo. No te digo nada que no sepas: pues bien, ¡actúa!*

Sahf ibn Mansur nos ha transmitido esto:

- *Un día, entré en casa de Rabi'a cuando estaba abismada en adoración.*

Al darse cuenta de mi presencia, levantó la cabeza, y he aquí que el lugar en que se encontraba parecía estar inundado por el agua de sus lágrimas.

La saludé. Ella se acercó y me dijo:

— *Hijo, ¿qué buscas?*

— *He venido a saludarte —respondí.*

Entonces ella, rompiendo en sollozos, exclamó:

— *¡Ocúltame en Ti, Dios mío, ocúltame en Ti!*

Murmuró algunas invocaciones y de nuevo se abismó en la oración.

Cuando pedimos perdón, primero debemos hacernos perdonar nuestra falta de sinceridad al pedir perdón.

Un espiritual nos ha contado esto.

Había invocado a Rabi'a y ella apareció en mis sueños, y dijo:

— *Tus dones nos llegan en bandejas de luz cubiertos con velos de luz.*

Se cuenta que Rabi'a estaba enferma. Cuando se preguntó la causa, respondió:

— *Esta noche, poco antes del alba, mi corazón deseaba el Paraíso. Y Dios me ha enviado esta prueba para inducirme al temor.*

Un día, cuando Rabi'a iba en camino hacia La Meca, estando sola en el desierto, exclamó:

— *¡Dios mío, mi corazón se turba ante tantas maravillas!*

Pero yo soy arcilla, la Kaaba tan solo una piedra. ¡Y anhelo ver tu rostro!

Entonces, escuchó una voz de lo alto:

— *Oh Rabi'a, no sabes lo que pides. Si Me manifestara al universo tal cual soy, todo quedaría aniquilado. ¿Serías tú capaz de soportarlo, quieres causar tal destrucción? Cuando Moisés quiso ver Nuestro rostro, lanzamos sobre el monte tan solo un átomo de luz, y él cayó fulminado. Conténtate con Mi Nombre.*

Se cuenta también que cuando estaba ya próxima a La Meca, todavía en pleno desierto, vio que la Kaaba se acercaba a recibirla.

— *¡No necesito la Kaaba — dijo Rabi'a, - sino al Señor de la Kaaba! ¿Para qué quiero la Kaaba? No me alegra su belleza. Mi único deseo es encontrar a Aquel que dijo: «Al que se acerque a Mí un solo palmo, Yo me acercaré un codo».*

Más tarde, Rabi'a lloró desconsoladamente, visitó la Kaaba y habló a Dios de esta manera:

— *¡Oh Dios mío! Tú nos has prometido recompensar por la peregrinación y por soportar con paciencia la desdicha y las pruebas. Si mi peregrinación no ha sido válida ante Ti, será una desdicha para mí; pero, entonces ¿cuál será mi recompensa por soportar esa desdicha?*

Después, emprendió el viaje de regreso a Basora.

Al año siguiente, se dijo: «Ya que el año pasado la Kaaba vino a mi encuentro, este año seré yo quien vaya a la Kaaba».

El emir Muhammad ibn Sulaymān al-Hāshimi, hombre riquísimo que gozaba de una renta diaria de ochenta mil dirhams, escribió un día a los notables de Basora pidiéndoles que buscaran, entre las mujeres de la ciudad, una esposa adecuada para él. Todos pensaron en Rabi'a, y así se lo indicaron. Entonces él le dirigió su petición de matrimonio, exponiéndole también las ventajas que ella podría obtener si aceptaba esa unión. Rabi'a le escribió rechazando la petición, pero añadía:

- *Gracias primero por tus nobles intenciones, pero lejos de mí aceptar tal distracción. El bienestar del cuerpo se consigue olvidando los bienes de este mundo; desearlos sólo procura angustia y tristeza. Hermano mío, prepara un final dichoso a tu vida, y encamínate ligero al encuentro de tu Señor. Sé tú mismo el administrador de tu persona, y no tomes como consejeros a quienes se disponen a repartirse tu herencia. Ayuna y evita alimentarte de preocupaciones, que son el alimento de quienes tratan constantemente de prevenirse contra los caprichos del destino. Que tu único alimento sea el fruto tus manos y tu anhelo el camino espiritual; y deja que la muerte se encargue de romper tu ayuno.*

En cuanto a mí, si Dios me concediera los bienes que a ti te ha otorgado, o incluso diez veces más, no encontraría ninguna satisfacción en alejarme, ni en lo que dura un abrir y cerrar de ojos, de mi Señor. A El sólo deseo; sólo a El adoro, y no quiero apartar mi atención de El ni un solo instante. Sobre ti sea la paz.

Cierto día, cuando Rabi'a estaba buscando algunas ovejas extraviadas, pasó por la puerta de Hasan al-Basrí y notó que sobre su velo caían unas gotas de agua. Pensando que llovía, se detuvo para protegerse bajo un saledizo. Pronto percibió que aquello no era lluvia, y alzó los ojos tratando de ver de dónde procedía. En la terraza de su casa, Hasan lloraba amargamente. Ella dijo:

- *Hasan, observa bien el origen de tus lágrimas. Si proceden de tu ego, contrólalas, pues las lágrimas de un hombre como tú deberían transformarse en un océano de sinceridad, y así tu corazón se podría encontrar “en una sede de Verdad junto a un Rey Todopoderoso”.*

Abd al-Wahid ibn Amir y Sufyan al-Thawrí fueron un día a visitar a Rabi'a. Cuando la vieron, experimentaron un gran temor reverencial, tanto por la luz que de ella se desprendía como por el sufrimiento que soportaba, y se quedaron prácticamente sin habla. Finalmente, Sufyan dijo:

- *Rabi'a, pide a Dios que alivie tu dolor.*
- *¿Y quién me lo ha enviado?* —murmuró ella.
- *¡El Señor!* — respondió él.
- *Y si Dios quiere someterme a esta prueba, ¿cómo podría dirigirme a Él ignorando Su voluntad? La esencia del amor es la paciencia del amante ante los deseos del amado.*

Rabi'a decía en un poema:

Te has adentrado completamente en mí, de arriba abajo, sin dejar nada como sólo el Amigo puede hacerlo.

Por eso, cuando hablo, hablo de Ti, y cuando callo se aviva mi deseo de Ti.

Se cuenta que un día Rabi'a subió a la montaña, y un hato de animales salvajes, gacelas, ciervos y cabras monteses corrieron a su alrededor y permanecieron junto a ella sin ningún temor.

Más tarde, llegó Hasan al-Basri, y todos los animales huyeron. Entonces, éste preguntó:

— *¿Por qué huyeron al verme las gacelas? Antes parecían alegres y tranquilas junto a ti.*

— *Hasan, dijo ella, ¿qué has comido hoy?*

— *Un guiso sencillo con cebollas* —contestó él.

— *Si comes su grasa, ¿cómo quieres que no se asusten y huyan de ti?*

Contó una vez Hasan al-Basri:

Estuve una vez una noche y un día enteros junto a Rabi'a, y hablamos con tal ardor de la vía espiritual y de los misterios del Veraz que olvidamos que yo era un hombre y ella una mujer.

Más tarde, cuando terminamos nuestra conversación, sentí que yo no era más que un pobre hombre y ella, por el contrario, una mujer llena de sabiduría y fervor.

Hasan al-Basri preguntó a Rabi'a si pensaba contraer matrimonio. Ella respondió:

— *El matrimonio vale para quien puede escoger. En cuanto a mí, no soy dueña de mi vida. Pertenezco a mi Señor y vivo a la sombra de sus mandamientos, mi persona no tiene ningún valor.*

— *¿Cómo has llegado hasta ahí?* —preguntó él.

— *Abandonándome al Todo.*

Decía Rabi'a:

— *Es imposible a la mirada distinguir las diferentes estaciones de la vía que lleva a Dios. Le es imposible a la lengua llegar hasta El.*

Por eso, ¡despierta tu corazón! Si tu corazón despierta, tus ojos verán el camino y llegarás fácilmente a la estación.

Se cuenta que, al llegar el verano, Rabi'a se retiraba a una casa aislada y no salía de ella jamás.

— *Señora* —le dijo un día su criada—, *sal de la casa y ven a contemplar las maravillosas obras de Dios. Deja de languidecer por él.*

— *No* —dijo Rabi'a — *Eres tú quien debe entrar aquí para ver al Creador, y sólo a Él. ¿Qué haría yo con todas las maravillas del mar y de la tierra cuando El está aquí? ¿Qué haría yo con su creación? No me separes de Él, pues la contemplación del Amado me impide contemplar las cosas creadas. Contempla tú si quieres las maravillas del mundo. ¡Mi oficio es contemplar la Omnipotencia del Creador!*

Se cuenta que decía llena de tristeza:

- *Dios mío, si Tú el día de la Resurrección, decidieras enviarme a las llamas, ¿entonces yo revelaría un secreto capaz de alejar de mí el fuego por mil años!*

Se cuenta que Rabi'a dijo:

- *Dios mío, si en el día de la Resurrección Tú me enviases al Infierno, yo gritaría: Señor, ¡a mí que tanto te amé, me envías a las llamas! ¿Es así como tratas a tus enamorados?*

Entonces escuchó una voz que decía:

- *¡Rabi'a, no pienses mal de Nosotros! pues te hemos hecho un lugar entre Nuestros amigos para que puedas gozar de Nuestra compañía.*

Decía Rabi'a:

¡Oh Dios mío!

Cuantos bienes me hayas destinado en este mundo, dáselos a tus enemigos, y cuanto me hayas reservado en el otro mundo dáselo a tus amigos. Porque a mí Tú me bastas.

Rabi'a repetía a menudo:

¡Oh Dios mío!

Si te adoro por miedo al infierno quéname en él.

Si te adoro por la esperanza del paraíso, exclúyeme de él,

Pero si Te adoro sólo por Ti mismo, no apartes de mí tu Eterna Belleza.

Sufyän al-Thawri nos contó:

Estaba yo una noche con Rabi'a. Rezó hasta el alba, y también yo recé.

Cuando amaneció, dijo:

- *¡Ahora, ayunemos! Debemos dar gracias por las oraciones que hemos hecho esta noche.*

Hasan al-Basrí nos contó:

Fui a casa de Rabi'a hacia el mediodía. Tenía en el fuego una olla con carne, pero cuando empezamos a hablar del conocimiento de Dios, dijo:

—Esta conversación es mejor que cualquier comida —y dejó de atizar el fuego.

Pasaron las horas, llegó el crepúsculo, y al terminar la oración de la noche Rabi'a sirvió agua y algo de pan duro; fue luego a vaciar la olla y he aquí que la carne estaba perfectamente guisada, gracias al cuidado de Dios, y desprendía un aroma exquisito. La comimos, y nunca v he probado nada con mejor sabor.

Rabi'a se apareció en un sueño. Se le preguntó qué había respondido a Munkar y a Nakir, los guardianes del otro mundo, cuando se había encontrado ante ellos. Y ella contestó:

- *Munkar y Nakir vinieron a mí y me interrogaron, diciendo: ¿Quién es tu Señor?*

A lo que yo les respondí:

- *Ángeles, id y decid a Su Majestad Dios: ¡Cómo! ¡Entre todos Tus servidores ordenas que se me interrogue, a mí, una anciana! Yo soy aquella que no ha conocido a nadie más que a Ti. ¿Acaso te he olvidado una sola vez para que envíes así a Munkar y Nakir a hacerme esas preguntas?*

Decía Rabi'a:

- *Toda cosa lleva su fruto. El fruto del saber y del conocimiento es aproximarse a Dios.*

Le preguntaron un día: *¿Cuál es para el servidor el mejor medio de acercarse a Dios?*

Ella dijo: *En este mundo y en el otro, no buscar nada sino a Él.*

Se le preguntó a Rabi'a en qué momento el servidor de Dios se encuentra en un estado de abandono:

- *Cuando la desgracia le alegra tanto como la felicidad — contestó.*

Preguntaron a Rabi'a qué pensaba del amor. Y ella respondió:

- *Entre el amante y el amado no hay distancia. Ni palabras. Hay solamente lo que dice la nostalgia, lo que describe el gusto.*

Quien ha gustado ha conocido, pero quien ha descrito no se describe.

En verdad, ¿cómo puedes describir una cosa cuando en su presencia te aniquilas, en su existencia te disuelves, en su contemplación te deshaces, en su pureza te embriagas?

¿Cuando curado de ella, abandonado a ella, estás colmado, y gozoso a causa de ella ardes de amor?

¡Oh ten piedad de los enamorados!

Su corazón se ha extraviado en el laberinto del amor y llega el día de su resurrección.

Sus almas se mantienen en pie, colmadas de favores, a la espera del Paraíso de una unión perpetua o del Infierno del alejamiento eterno de los corazones.

Mi copa, mi vino y mi anfitrión son Tres. Yo que voy en busca del amor, la Cuarta.

Quien sirve el vino llena la copa una y otra vez de gracia y de alegría.

Si soy mirada, no me veo más que por Él.

Si soy presencia, me veo siempre con Él

¡Oh tú que me censuras, yo amo Su belleza! Por Dios, mis oídos no escuchan tu reproche.

¡Cuántas noches con mi pasión y mis penas, mientras fluían de mis ojos ríos de lágrimas!

Ninguna de mis lágrimas ha subido de nuevo. Y mi unión con El no duró. Mi ojo herido no duerme jamás.

Un día, cuando Rabi'a se encontraba en amistad con Dios, Ahmed la oyó hablar así:

*Te he puesto en mi corazón como mi confidente.
He ofrecido mi cuerpo a quien quiera sentarse junto a mí.
Á ése, mi cuerpo presta compañía.
Pero Aquél a quien amo es el compañero de mi corazón.*

Y también, cuando se encontraba en el temor de Dios, Rabi'a decía:

*Débil es mi corazón incapaz de llevarme a término.
¿Es ello la causa de mi llanto o lloro por el camino demasiado largo?
Oh objetivo de mi deseo ¿me quemarás con tu fuego? ¿Dónde está mi
esperanza en Ti y dónde mi temor?*

Un sabio de Basora fue a visitar a Rabi'a y comenzó a hablarle de las alegrías de este mundo.

— *Es evidente* —le dijo Rabi'a — *que te gusta este mundo. Pues quien aprecia una cosa se refiere a ella con frecuencia. Si verdaderamente has renunciado al mundo, ¿por qué te preocupas tanto de sus alegrías y desgracias?*

Se cuenta que en una de sus conversaciones íntimas con Dios, Rabi'a le preguntó un día:

— *Dios mío, ¿verdaderamente podrías quemar en el fuego a un corazón que Te ama?*

Y en su interior se elevó una voz que dijo:

— *¡No, seríamos incapaces de hacerlo! ¡No pienses contra nosotros pensamientos tan malvados!*

Decía Rabi'a:

*¡Ay Dios mío! El mayor tesoro de mi corazón es Tu recuerdo,
la esperanza del encuentro que nunca me abandona; mi palabra más dulce
Tu oración.*

*Si en este mundo Tú eres mi único deseo, ¿podré vivir en el otro sin Tu
visión? Dios mío, sólo a Ti dirijo mi lamento, pues soy como extranjera en
Tu país y una solitaria entre Tus adoradores.*

Sembró, pero sobre sus semillas cayó una plaga de langostas. Entonces Rabi'a rogó: *Dios mío, encárgate tú de mi pan cotidiano. Según tu voluntad, alimentas tanto a tus enemigos como a tus santos.*

Y a estas palabras, las langostas se fueron como si nunca hubieran estado allí.

Rabi'a preguntó un día a al-Thawri:

— *¿Qué es para ti la generosidad?*
— *Para los hijos de este mundo* —respondió él— *es dar abundantemente de los propios bienes. Para los hijos del otro mundo, es darse abundantemente ellos mismos.* — *No, te equivocas* —dijo ella.
- *¿Qué es entonces para ti?*

- *Es servirle por amor, sin esperar por ello ventaja ni recompensa ninguna.*

Se cuenta que Rabi'a envió a Hasan al-Basri estas tres cosas: cera, una aguja y un cabello. Y mandó al mensajero que le dijera:

«Hasan, arde como esta vela, e ilumina a los hombres. Comienza por estar desnudo como esta aguja, y solamente entonces entrégate a la acción. Cuando hayas hecho esas dos cosas, hazte tan fino [imperceptible] como este cabello si quieres que tu esfuerzo no haya sido en vano».

Decía también:

- *El fruto de la ciencia espiritual es apartar el rostro de lo creado para volverlo hacia el Creador. Pues no hay más conocimiento que el conocimiento de Dios.*

Le preguntaron un día:

- *Rabi'a ¿amas a Dios?*
- *Verdaderamente le amo —respondió.*
- *Y Satanás, ¿es para ti un enemigo?*
- *No —contestó—. Amo tanto a mi Señor, el Compasivo, que el amor a Dios no deja espacio alguno para el odio a Satanás.*

Se cuenta que Rabi'a se quejaba amargamente.

- *¿Por qué lloras?—le preguntaron - ¿Cuál es tu mal?*
- *¡Ay! La enfermedad que sufro ningún médico la puede curar, ni hay remedio humano que la alivie. La única medicina es la visión de Dios, y mi único alivio es la esperanza de verle, exaltado sea Él, en el más allá.*

Se cuenta también que unos hombres piadosos, admirados por su sabiduría y santidad, fueron a visitarla. Al ver que se sus ropas eran casi jirones, dijeron:

- *Mucha gente te ayudaría gustosa si les pidieras ayuda.*

Pero ella contestó:

- *Me avergonzaría pedir algo, por pequeño que fuere, de los bienes de este mundo, pues los bienes del mundo no pertenecen a nadie, quien los tiene, los tiene solamente como préstamo.*

Entonces los visitantes se dijeron:

- *¡Verdaderamente esta mujer tiene palabras de sabiduría!*

Enseguida le preguntaron:

- *Dios ha coronado la cabeza de sus Amigos y les ha prodigado la gracia de los milagros. Sin embargo, ninguna mujer ha accedido jamás a ese rango, ¿cómo lo has conseguido tú?*

Rabi'a les contestó:

- *Es cierto lo que decís. Pero el orgullo, la mentira y la absurda pretensión de divinidad jamás tuvieron su origen en una mujer. No fue una mujer la que corrompió a otra mujer.*

Se cuenta que un rico mercader fue a visitar a Rabi'a. Viendo que su casa estaba casi en ruinas, le dio mil dirham de oro y una casa nueva. Todavía no se había trasladado a ella y, sin embargo, se sorprendió fantaseando con todos sus adornos. Devolvió inmediatamente casa y dinero al mercader, diciendo:

— *Temo que mi corazón se apegue de tal modo a esta casa que eso me impida entregarme a la obra del amor. Mi único deseo es dedicarme a la adoración de Dios.*

Preguntaron a Rabi(a):

— *¿Qué es el amor?*

Ella dijo:

— *El Amor vino de la Eternidad y va hacia la Eternidad, y no se ha encontrado en los setenta mil mundos que quien bebiera una sola gota de su dulzura no quedara absorbido en Dios. De ahí procede la frase: «Él ama y ellos Le aman».*

A veces, durante la noche, Rabi'a hablaba así con Dios:

— *Dios mío, tus criaturas duermen, las estrellas brillan en la noche y los pájaros callan en sus nidos.
Las puertas de los reyes están cerradas, guardadas por esbirros.
Pero Tu puerta está siempre abierta a quien Te necesita.*

Nos contaron que Rabi'a al-'Adawiyya, había contado a su vez:

Una noche estaba alabando a Dios con las oraciones del alba cuando me adormecí. Y vi un árbol de un color verde brillante, de una belleza y una altura incomparables. En este árbol había tres clases de frutas que no se parecían en absoluto a las frutas de este mundo, y del tamaño del seno de una virgen: frutas blancas, rojas y amarillas, que resplandecían como las estrellas del cielo en las verdes ramas del árbol. ¿A quién pertenecerá este árbol? Pensé admirada.

Entonces escuché una voz que me decía:

—*Es tuyo, es el árbol de tus oraciones.*

Asombrada, comencé a caminar alrededor del árbol y he aquí que en el suelo había dieciocho frutas, del color del oro, y dije:

—*Sería mejor que esta fruta estuviera también en el árbol.*

Y la voz respondió:

—*En efecto, tendría que estar allí, pero sucede que tú, cuando ofrecías tus alabanzas, te pusiste a pensar: “¿Habrà levado la masa?”, y la fruta cayó.*

Me desperté sobrecogida por lo que había visto.

Esto es una advertencia y una exhortación para quienes son piadosos y adoran a Dios.

Sufyān preguntó en una ocasión a Rabi'a:

—*¿Qué debe hacer el servidor que desea la proximidad de su Señor?*

Rabi'a contestó:

—*Que el servidor no quiera poseer nada en este mundo ni en el otro, salvo a Él.*



Ésta es la historia de cómo Rabi'a aprendió a abandonar todos los deseos mundanos para poder entregarse a Dios a cada instante.

Se cuenta que en una ocasión, Rabi'a estuvo ayunando siete días y siete noches, sin comer ni dormir en absoluto, abismada en la oración. Cuando se encontraba ya al límite de sus fuerzas, alguien llegó a su casa y le llevó algo para comer. Ella cogió la comida y fue a encender la lámpara; en ese momento, un gato aprovechó su descuido y se lo comió todo, dejándola sin nada. Decidió entonces romper su ayuno con agua, y fue a buscar una jarra. Cuando regresó, la lámpara se había apagado; quiso beber en la oscuridad, pero la jarra se le cayó de las manos y se rompió en mil pedazos. Rabi'a estalló en lamentos y suspiró tan hondo que parecía que la casa se incendiaba. Y dijo:

— *Oh, mi Señor, ¿qué estás haciendo conmigo?*

Y escuchó una voz que decía:

— *¡Ten cuidado! Si lo deseas, te daré todos los placeres de este mundo, pero, entonces, arrancaré de tu corazón tu solicitud por mí, pues esa solicitud y los placeres de este mundo no pueden morar juntos. Rabi'a, tú tienes un deseo y Yo tengo un deseo, pero Mi deseo y tu deseo no pueden convivir en un mismo corazón.*

Ella dijo:

- *Al escuchar esta advertencia, separé mi corazón de las cosas mundanas y eliminé de tal modo mis esperanzas terrenales que durante treinta años he rezado siempre como si la oración que rezaba fuera mi última oración, y me he separado de las criaturas de manera que, al romper el día, por miedo a que cualquier cosa pueda distraerme de El, digo siempre: «Oh Señor, hazme entrar en mí de manera que nada me distraiga de Ti».*

Cuenta también Attar que, cierto día, Mälik Dinar, uno de los muchos amigos y admiradores de Rabi'a, fue a visitarla y la encontró tendida en una vieja estera de juncos, con un ladrillo como almohada y un cántaro desportillado con el agua para beber y hacer su abluciones. Impresionado por lo que veía, dijo:

- *Tengo amigos ricos y, si lo deseas, les pediré algo para ti.*

Ella respondió:

- *¡Oh, Mälik, qué equivocado estás! ¿Acaso no es el mismo Dios quien me da a mí y a ellos nuestro pan cotidiano?*
- *Así es* —contestó Mälik.
- *¿Acaso olvida Él al pobre a causa de su pobreza, o recuerda al rico por sus riquezas?*
- *No* — replicó él.
- *Puesto que El conoce mi situación* — dijo entonces Rabi'a — *nada tengo que recordarle. Su voluntad debe ser también la nuestra. Por mi parte, no deseo nada del mundo.*

Decía Rabi'a:

- *Pido perdón a Dios por mi falta de sinceridad cuando digo «pido perdón a Dios».*

Dijo en una ocasión Rabi'a:

- *Quien ama a Dios llorará y se lamentará hasta que encuentre reposo en el Amado.*

Rabi'a solía rezar diciendo:

- *Oh Dios mío, sabes que perdono a todo el que pueda ofenderme. Haz tú que me perdone todo aquel al que yo ofenda.*

Un día, la oyeron decir:

*¡Oh Dios mío y lo único que me ocupa!
mi único deseo en este mundo, más allá de todo lo creado, es Tu recuerdo.
Y, en el otro mundo, el anhelo del encuentro, poder estar sólo contigo.
Ése es mi afán, pero Tú, haz Tu voluntad.*

En otra ocasión, alguien le preguntó por qué se había desprendido de su casa; Rabi'a dijo:

- *Para dejar lo que no me interesa y poderme así dedicar al Único que es Eterno.*

Se cuenta que, al volver de la peregrinación a La Meca, Rabi'a vio cómo su montura se debilitaba y caía inerte al suelo. Los otros viajeros quisieron ayudarla, pero ella respondió:

— *No fue precisamente con vosotros con quienes contaba al venir. Mi confianza está en Dios, así que continuad el camino y no os preocupéis por mí.*

La caravana siguió, pues, su camino, y Rabi'a se quedó sola. Entonces se dirigió a Dios, diciendo:

— *Dios mío, ¿es así como los reyes tratan sus servidores débiles e impotentes? Tú me invitaste a ir a Tu casa ¡y ahora, en medio del desierto, dejas morir a mi montura y yo me quedo sola en este lugar!*

En ese mismo momento la montura recobró la vida y se levantó; Rabi'a la cargó de nuevo y continuó su camino.

Mientras Rabi'a dormía, entró un ladrón en su casa. Encontró un cofre con ropa, la cogió y se dirigió a la puerta para salir, pero no la veía por ninguna parte, así que dejó su botín en el suelo para buscar mejor. Enseguida encontró la puerta. Recogió entonces el fardo de ropa, dispuesto a marcharse, cuando de nuevo la puerta desapareció. Esto se repitió una y otra vez, hasta que al fin, en medio de la noche, escuchó una voz que venía de ninguna parte; y esta voz le dijo:

— *¡Deja esa ropa! Nosotros somos sus guardianes y no te dejaremos salir de aquí con ella. No importa que Rabi'a esté dormida, nosotros vigilamos. Durante años ella se ha puesto por completo en las manos de Dios, y no permitiremos que Iblis se introduzca en su casa. Has de saber tú, ladrón, que cuando uno de nuestro amigos está hundido en el sueño otro amigo está siempre vigilante.*

Otro ladrón entró cierto día en la casita de campo en la que Rabi'a se retiraba en el verano. No encontró allí nada que robar, salvo un cántaro de agua. Se disponía ya a salir cuando Rabi'a le recriminó con estas palabras:

— *¡Si en verdad eres un ladrón intrépido, no te irás sin llevarte algo!*

El ladrón contestó que no había encontrado nada que robar. Ella le miró con ojos llenos de compasión y le dijo: — *Toma, coge este cántaro de agua y haz tus abluciones. Luego, ve a ese lado de la casa y haz tu oración. Si así haces, no te marcharás con las manos vacías.*

El ladrón estaba intrigado, pero pensó que nada perdía por seguir el consejo de aquella extraña mujer. Cogió, pues, el cántaro de agua y se dispuso a seguir su indicación. Entretanto, Rabi'a alzó los ojos al cielo y habló así con Dios:

— *Dios mío, este ladrón ha entrado en mi casa pero no ha encontrado nada que robar, así que lo he enviado a Tu puerta. ¡No le prives de tu bondad y tu generosidad!*

Mientras, el ladrón había terminado su oración, y se sentía lleno de alegría y paz interior. Decidió entonces decir otra plegaria, y luego otra, y otra más. Su corazón se iba llenando de luz... Llegó la aurora del nuevo día, desde el alminar se elevaba la voz del muecín alabando la grandeza de

Dios, la gente iba abandonando su lecho y la enamorada de Dios velaba por el mundo.

Con el amanecer, Rabi'a se acercó al ladrón, que se encontraba postrado, con la cabeza en el suelo, pensando en voz alta:

Si mi Creador me dice: «¿No te avergüenza tu maldad hacia mí, tú que en tu desobediencia te alejas de Mí?»

Y sin embargo yo oculto tus pecados a los hombres y ¿qué podré responder cuando me reprenda y me despida?

— *¿Qué tal has pasado la noche, amigo mío?*—le preguntó Rabi'a.

— *Muy bien* —contestó el ladrón— *En mi miseria y mi desdicha, me he visto abajado ante Dios, y El aceptó mi arrepentimiento. Me ha reintegrado entre Sus servidores, me liberó de la penitencia y perdonó mis pecados. Me ha mostrado Su camino y, así, he comprendido lo que debo buscar. Verdaderamente, es un Dios Clemente y Misericordioso.*

Rabi'a levantó los brazos al cielo y exclamó:

— *Dios mío, mi Señor, este hombre ha estado ante tu puerta solamente una noche, y ha sido admitido en tu presencia. Y yo, que desde el momento en que te conocí no he dejado nunca de estar en tu presencia, ¿estaré también algún día entre los admitidos?*

Entonces, una voz le respondió:

— *Gracias a ti, Rabi'a, he admitido a este hombre y le he hecho acercarse a Mí.*

Una noche muy oscura, Hasan al-Basrí, acompañado de sus discípulos, se dirigió a casa de Rabi'a. La oscuridad era tan intensa, que apenas se podía distinguir nada. La luz de la luna no lograba atravesar las gruesas nubes que cubrían el cielo de Basora. Hasan y sus discípulos no tenían lámpara y Rabi'a tampoco, pero de la mano de la mujer brotó una luz más hermosa y más brillante que la de cualquier lámpara, y con ella se alumbraron hasta los primeros rayos del amanecer.

Muhammad ibn Wasi se acercó a Rabi'a cuando ésta se tambaleaba como si estuviera ebria.

— *¿Por qué te tambaleas de ese modo?* —preguntó.

— *Anoche me emborraché con el amor de mi Señor y me he despertado embriagada de él* —contestó.

Sälih al-Murrí dijo en su presencia:

— *A quien llama sin cesar a la puerta, se le abre.*

— *La puerta está siempre abierta* — dijo Rabi'a—; *la pregunta es: ¿quién desea verdaderamente entrar por ella?*

Decía también: *Permanece en la puerta si anhelas la Belleza. Abandona el sueño si quieres entrar.*

Rabi'a solía utilizar siempre la misma túnica para orar, y eran muchos los que pensaban que tenía un poder milagroso. Sucedió en aquel tiempo que

un general Omeya, conocido por su crueldad, nombró como gobernador de Basora a un hombre corrupto. Los habitantes de la ciudad fueron a pedirle que rezara para librarse de su injusticia. Rabi'a dijo:

— *No pediré a Dios su muerte; en vez de maldecirle, le amonestaré, a ver si se arrepiente y vuelve al camino recto.*

Dio entonces su túnica a Abda y le dijo:

— *Llévasela al gobernador y dile que Rabi'a le envía sus saludos. Dile igualmente que esta túnica es preciosa para mí, pues con ella he caminado por la Vía de Dios. Cuando abandone este mundo, es lo único que dejaré tras de mí, pues soy una mujer pobre, no poseo palacios ni caballos; sé sin embargo que tú [el gobernador] tienes palacios y muchísimos caballos. Pon esta túnica sobre uno de ellos, y devuélvemela cuando yo esté muy lejos de ti, en el otro lado del Sirat que atraviesa el Infierno hacia el Paraíso.*

Cuando el gobernador recibió este mensaje, abrazó la túnica, la estrechó contra su pecho, lloró amargamente y dijo:

— *¡Oh Rābi'a, tu latigazo me ha sacado de mi despreocupación!*

Se arrepintió, hizo penitencia y devolvió todos los bienes logrados con su injusticia; luego se unió a la comunidad de los devotos.

Rabi'a al-Adawiyya oraba día y noche sin interrupción. Cuando se le preguntó por qué lo hacía, ella respondió:

— *No busco con ello ninguna recompensa, pero quiero alegrar al Profeta el día de la Resurrección. Así, en ese día, él dirá con gozo a los demás profetas: «Ved a esta mujer de mi pueblo. Ésta es su obra».*

En otra ocasión, preguntó al sufí Rabāh al-Qaysi:

— *Rabāh, ¿los días y las noches son largos para ti?*

— *¿Por qué deberían serlo?*—le respondió él.

Ella le contestó:

— *Por tu anhelo por contemplar al Amado.*

Al oír esto, RaDah al-Qaysi permaneció en silencio, y Rabi'a dijo:

— *La respuesta para mí es «sí».*

Cuando le preguntaron por qué lloraba tan a menudo, Rabi'a respondió: ;

— *Le amo tanto, que mi mayor temor es estar separada de Él. Y temo escuchar, en el último instante, una voz que diga: «Esta mujer no es digna de estar en nuestra presencia».*

Pero cuando le invadía la nostalgia de Dios, decía:

— *Todos temen la llegada del Día del Juicio, ¡y yo lo deseo ardientemente!*

Cuando le preguntaban por qué, respondía:

— *Porque ese día, Dios me hablará por fin, diciendo: ¡Oh tú, mi servidora!*

Decía Rabi'a:

— *Aunque eres Todopoderoso, no te sirvo por tu paraíso. No es ése el objetivo de mi vida. Sólo Tú.*

Un día, le oyeron decir:

Adormecidos los ojos en su inconsciencia olvidadizos sólo Rabi'a la pecadora, permanece entre Tus manos.

Dígnate lanzarle una mirada para que de ella se aleje el espectro del sueño. Por Tu gloria y Tu poder y ni de día ni de noche me distraeré de Ti salvo en el sueño de la muerte, y no descansaré hasta que me encuentre contigo.

Muhammad ibn íAmr nos ha transmitido:

Fui a ver a Rabi'a cuando era ya una anciana de ochenta años y con tantas arrugas que parecía un cuero seco a punto de romperse. En su casa sólo había una estera de juncos y un armazón de caña persa de dos metros de alto. La techumbre eran ramas secas, quizá recubiertas de estiércol. Había también un cántaro, un odre y una especie de manto de lana que era, al mismo tiempo, su lecho y su alfombra de oración [...]. Cuando pasaba entre la gente, la reconocían como la sierva de Dios. Un hombre le dijo en cierta ocasión:

— *Rabí'a, reza por mí.*

Ella, conmocionada, se apoyó en la pared y dijo:

— *¡Que Dios te perdone! ¿Quién soy yo? Obedece a tu Señor e invócale, pues El escucha siempre a los afligidos.*

Contaba Abda su sirvienta, que Rabi'a pensó durante toda su vida en la muerte; cavó su propia tumba junto a su casa, y la miraba todos los días, recordando su futuro. Mantuvo esta costumbre durante sus cuarenta últimos años. Para ella la muerte no era algo espantoso.

Se cuenta que un día Rabi'a se encontró con el ángel de la muerte:

— *¿Quién eres?* —preguntó.

— *¡Soy el demolidor de las delicias, quien deja tras de sí viudas y huérfanos!* —dijo.

Rabi'a le respondió:

— *¿Por qué te presentas en tus aspectos más crueles? ¿No podías decir: soy aquel que une al amante y al amado?*

Cuenta Abü Bakr Mofasser que, al saber que Rabi'a estaba enferma, fue con unos amigos a visitarla. Ella les dijo:

— *La muerte es un puente entre amigos, y se acerca el momento en que yo lo atraviese. Mi alma tiene prisa por encontrar al Amigo. Le necesito.*

Ibn al-Jawzi contó que Abda bint Shuwál, una de las mejores siervas de Dios y sirvienta de Rabi'a, le había transmitido esto:

Rabi'a estaba constantemente en oración; noche y día permanecía absorta en el amor de Dios y sólo al amanecer se permitía un momento de descanso. Inmediatamente, salía de su somnolencia y retomaba su adoración; diciéndose:

— *¡Alma mía, qué poco velaste! ¡cuánto dormiste! ¿Cuándo despertarás? Tu sueño es casi tan profundo como el sueño del que sólo saldrás cuando la trompeta anuncie el Día de la Resurrección.*

Y mantuvo esta costumbre hasta el día de su muerte. Ese día, me llamó y me dijo:

— *‘Abda, no avises a nadie de mi muerte, envuélveme en mi viejo vestido.*

Hicimos como dijo, y la envolvimos en aquel vestido y le pusimos el velo de lana que solía usar.

Un año después de su muerte, la vi en sueños. Vestía un hermoso vestido de seda verde bordado con oro plata, un vestido como no hay en la tierra otro igual. Entonces le pregunté:

— *¿Qué fue de la vieja túnica y del velo de lana con que te enterramos?*

Ella respondió:

— *Por Dios que me quitaron mi ropa para vestirme de la forma que ves. Mis vestidos viejos han sido doblados y sellados, y puestos en un lugar sublime para que mi recompensa sea perfecta el día de la Resurrección.*

— *¿Esa fue la razón de tu esfuerzo y tu lucha durante tu vida mortal?*

— *¿Qué es eso comparado con lo que he visto de la generosidad de Dios con Sus amigos?*—contestó Rabi’á.

Entonces pregunté:

— *¿Qué fue de Ubayda ben Kilab?*

— *¡Ah! Ella me precede en los grados más altos.*

— *¿Cómo es posible?*—dije yo—. *Tú eras más santa a ojos de la gente.*

— *Es que ella nunca se preocupó ni de los días ni de las noches.*

— *¿Y qué hace Abu Málik?*

— *Visita a Dios, exaltado sea, cuando quiere.*

— *¿Y qué es de Bashar Ibn Mansur?*

— *¡Está feliz, pues ha recibido mucho más de lo que esperaba!*

Finalmente, dije:

— *Rabi’á, dame algún consejo para acercarme más a Dios.*

Y ella me dijo:

— *Recuerda continuamente Su nombre. Hazlo, pues sólo eso te alegrará en la tumba.*

Cuando Rabi'a estaba ya muy próxima a la muerte, fueron muchos los que se acercaron a su lecho. Entonces, dijo:

— *¡Levantaos y salid, dejad el paso libre a los mensajeros del Altísimo!*

Salieron todos, y nada más cerrar la puerta oyeron una voz procedente de ninguna parte que anunció:

¡Alma sosegada!

¡Vuelve a tu Señor, satisfecha y acepta!

¡Y entra con Mis servidores, entra en Mi Jardín!

No se oyó nada más. Sus amigos entraron y la encontraron muerta. Abda respetó fielmente la voluntad de su señora y cubrió su cuerpo con su vieja ropa y con el manto de lana que llevaba siempre.

Referencias:

DICHOS Y CANCIONES DE UNA MÍSTICA SUFÍ (SIGLO VIII)

Edición y traducción María Tabuyo Ortega

José J. de Olañeta, Editor 2006

https://www.wisemuslimwomen.org/muslimwomen/bio/rabia_al-basri/